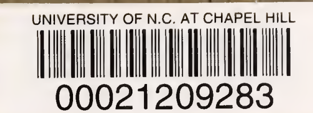
PRUDENCIA

FELIX SOUBLETTE


LUX
LIBERTAS


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00021209283

Señor Rafael F. Seijas

FELIX SOUBLETTE

PRUDENCIA

Monólogo escrito expresamente para la señorita

PRUDENCIA GRIFELL,

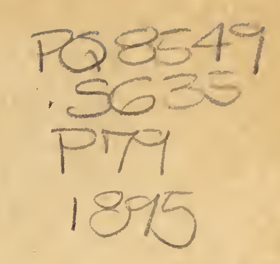
y puesto en escena con grandes aplausos
la noche de su beneficio, el 26 de los
corrientes en el Teatro Caracas.

CARACAS

Tip. de "El Tiempo"

1895

FELIX SOUBLETTE



PRUDENCIA

Monólogo escrito expresamente para la señorita
PRUDENCIA GRIFELL,
y puesto en escena con grandes aplausos
la noche de su beneficio, el 26 de los
corrientes en el Teatro Caracas.



CARACAS
Tip. de "El Tiempo"
1895

PRUDENCIA

—

La escena representa una sala sencilla. Es de noche. PRUDENCIA en traje de casa dirigiéndose al público.

—

Señoras y caballeros,
Orgullo y prez de Caracas,
Patria de grandes poetas,
De grandes artistas patria,
Ciudad de flores terrestres,
Jardín de flores humanas,
Para éste mi beneficio
Que tanta estrella engalana,
Quise joya que ofreceros
Artística, literaria,
A vuestro amparo acojida,
En vuestro honor consagrada,
Galardón de mi cariño,
De agradecimiento dádiva;
Mas voy por un mar de escollos
Y aún no diviso la playa.
Y no me murmure alguno
Que me he dormido en las pajas,
No, señor, y quien lo diga,
Siquier lo piense, me agravia.
Dado al logro de su empresa
Mi espíritu no descansa.
Sin cesar, á todas horas,
Por escrito, de palabra,
En coche, á pie, de paseo,
En casa agena, en mi casa,
Nunca, nunca, ni un instante
Mi ardiente anhelo se apaga.

¿Cómo ser indiferente
A tanto aplauso y guirnaldas,
Prenda noble y bizarría
De su condición magnánima;
Con que Caracas la heroica,
La generosa Caracas,
Mi pálida frente ciñe
De resplandores y palmas,
Premiando, no los prodigios
De egregia artista afamada,
Sino mis pobres anhelos
Y mi cariño y constancia?
Cosas son éstas que siempre
Las guardo dentro del alma.
Llega el instante postrero.
Agradecimiento es gala,
Mi afecto está enardecido,
Mi gratitud obligada;
Debo una expresión sincera
De mi cariño á Caracas,
Algo nuevo que tribute
Mi agradecimiento y... nada.
Busco en vano. Me persigue
Como un eterno fantasma
Esta idea. No descanso:
Inquiero, pregunto... nada,
Siempre el silencio, el vacío,
La esterilidad que mata.
¿Cómo es posible, me digo,
Que del numen en la patria,
No encuentre un solo poeta
Que mi anhelo satisfaga?
Insto, suplico, la suerte
Me vuelve siempre la espalda.
Ofrezco á todo el que hablo
Mi gratitud como paga,
Pero qué! la tal moneda
No tiene peso y no pasa.
¿Qué hacer en este conflicto?
El tiempo ya se me acaba.
¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?
(*Vendedor ambulante dentro pregonando.*)
—Peroles y palanganas.
—¡Oh sarcasmo de la suerte!
(*Imitando la voz*)
Peroles y palanganas.
Mas sigo, sigo en mi pleito.
Seré un don Pedro Moncada,

De condición tan bravía,
Que por unas cuatro casas
Puso pleito, cerco ó sitio,
En la centuria pasada,
Contra gente de cogulla
De religión franciscana.
El pleito duró diez años
Y fué á decidirse á España.
El don Pedro se salía
Tempranito de su casa,
Y al primer desventurado
Que en su camino encontraba,
Por el brazo lo tenía
Sin dejarle meter baza,
Y á boca de jarro, todo,
Todo su pleito encajaba,
Como un puñal que tuviera
De largo catorce varas.
Y durante los diez años
Que le duró la matraca,
Todos los días, sus veinte
Personas sacrificaba.
Era mucho hombre don Pedro
Para defender sus casas.

Para que vean, señores,
Lo que puede en alma honrada
Cumplir las obligaciones
De gratitud empeñada,
Han de saber que otro día
Fuime á ver á doña Engracia,
La que se come los santos,
Medio renca y medio calva,
Metida siempre en la Iglesia,
Muy rezandera y beata,
Correveidile de cosas
Que no son para contadas,
Cosas que no son muy limpias
Aunque les tapen las manchas.
En todo festín engulle
Hasta que queda varada,
Y después en los bolsillos
La mesa entera acapara.
Habla mal de todo el mundo,
Hasta de su madre habla,
Y se confiesa y comulga,
Y aquí paz y santas pascuas.
Pedíle consejo en esta

Tribulación que me abrasa,
Y díjome lentamente
Con voz gangosa y cascada:
No espere nada del prójimo;
La gente es mala, muy mala,
Haga usted una promesa
A Santa Rita de Casia,
Abogada de imposibles,
Y verá cómo se salva.
Hice promesa al momento
De vestir negra hopalanda
Cubierta de negros velos
Como esas viudas beatas,
Animas del Purgatorio,
Que vemos como fantasmas.
Pero ni cielo ni tierra,
Ni el prógimo ni la santa.
¡Qué destino! No me vale
Ni Santa Rita de Casia.

Fíese usted de apariencias:
Las apariencias engañan.
Conozco un médico hecho
Con ardides y patrañas,
Colorado, pelo negro,
Don Homobono se llama.
Es un hombre inverosímil
Si de talento se trata,
Que si no nació pepino
Hízolo Dios calabaza.
Andan tras él los zamuros
Por donde quiera que pasa,
Parece que reconocen
A un prójimo de su casta.
Cuando se llega á un enfermo,
Con gravedad catoniana,
Hipócrates en persona,
Le dice con mucha calma:

(*Tomándole el pulso.*)

—Si tiene usted calentura,
Confiéselo, camarada;
A los médicos y curas
La verdad limpia y sin faltas.
Y en poco más de tres días
Al otro mundo lo manda.
Y es doctor hecho y derecho
Salido de nuestras aulas.

Y fíe usted de apariencias:
Si la mejor nos engaña.

Como ningún sacrificio
Me incomoda ni acobarda,
Ni desecho diligencia
Por difícil ó por mala,
Fuíme al juego de pelota
Venciendo mi repugnancia,
Que á públicas asambleas
No concurro ni me agradan.
Mejor me estoy metidita
En un rincón de mi casa,
Sin malicias del vecino
Que no sabe lo que pasa,
Y supone mil absurdos
Por que así le dá la gana.
Noche y día me vijila
Con incansable constancia,
Y toda mi vida inquiere
Por boca de la criada:
Si me visita Pepito
Sobrino de doña Claudia,
Si mi madre está presente,
Si pasa ó no de la sala;
Si viene á casa don Pedro
El que se pinta las canas,
Y nos visita de noche
Con cabeza negra ó blanca;
Cuantos reales nos gastamos,
Cuanto enviamos á la plaza,
Si nos gustan los pichones
Asaditos ó con salza,
Si duermo ó no duermo mucho,
Si pago ó debo la casa,
Si tengo muchos amigos,
Si recibo á doña Eufrasia,
Una señora excelente
Que es muy pobre, pero honrada.
Para ganarse la vida
Vive haciendo capelladas.
El cócora del vecino
Me tiene ya encocorada.
No hay remedio, pronto, pronto,
Tengo que mudar de casa:
Pondré tierra de por medio
Que los espías me cargan.
Por ello me place estar

En un rincón de mi casa,
Y quisiera así la vida
Olvidando y olvidada,
Sin triunfos y sin coronas,
Pero sin penas amargas.
Fuíme al juego de pelota
Algo en verdad contrariada,
Mas donde van multitudes
Anda tambien la esperanza,
Y donde menos se piensa
La liebre de pronto salta.
Por malos de mis pecados,
Entre dos mujeres zafias
En un carro del tranvía
Me colocó la desgracia.
Eran dos martiniqueñas
Gordiflonas, mala facha,
La una rapé sorbía,
La otra tabaco masca,
Y yo entre las dos molida
Como en trapiche la caña.
¿Qué jerigonza era aquella
Que las mujeres hablaban?
Francés, español, inglés,
Todo en plebeyas palabras,
Malamente construídas
Y mucho peor habladas.
Era el mío un sacrificio
In anima vili. ¡Cáspita!
No sé qué fuera peor
De aquellas bestias humanas,
De aquellos rinocerontes
Con sus pañuelos y faldas:
Si sus modos ó sus modas,
Si los cuerpos ó las caras,
O aquella desenvoltura
Que escándalos amenaza.
¡Qué contorsiones! ¡Qué atroces
Emanaciones villanas!
¿Cómo aquesto se permite?
¿La ley no escuda, no ampara?
Si de tales impurezas
La sociedad no resguarda
Mejor nos fuera vivir
En los desiertos del Africa.
Y la fetidéz crecía,
Las precauciones no bastan:
Si todo es inútil cuando

La tempestad se desata.
Se tapa usted las narices,
Vuelve á otro lado la cara,
Huele esencias de Pinaud,
Nada basta, nada, nada.
Señores, en estos casos
Tener olfato es desgracia.
Salen luego palabrotas
Que son como bofetadas.
En tales carros á veces,
Cualquiera mujer honrada,
Cualquiera niña inocente
Su purgatorio se pasa.
Sigue el carro su carrera
Camino de Candelaria.
Iba ya con mucha gente
De todas clases y castas,
Con más de lo necesario.
Ya el calor nos sofocaba,
Y llegan más pasajeros,
Como veinte nos asaltan,
Ocupan las plataformas
Y se suben y derraman.
Y gritan unos chiquillos:
—Lleva el carro mucha carga,
Que se bajen, que se bajen.
Y empieza la zalagarda.
De una banda pasajeros,
Empleados de otra banda.
Estos gritan: que se bajen,
Aquellos, que no se bajan.
Y miro la sarracina
Que se nos viene á las barbas.
Y me dan unos temblores,
Unos mareos y bascas
Que temí caerme muerta
Sin la absolución cristiana.
Crece más la pelotera.
Brillan de fuego las armas,
¡Qué tumulto! ¡Qué agonía!
Ninguno en otro repara.
Todos tratan de salvarse
De aquella horrible borrasca.
Y queda el carro vacío,
La gente de paz se baja,
Y yo aprovecho el momento
Y llego temblando á casa.
Jesús! qué susto he pasado.

Me dí por sacrificada.

Y aquí no paran las penas
Del fardo de mis desgracias.
Recíbeme cejijunta
Puesta en jaque, la criada,
Con más humos que un villano
Cuando gobernando manda.
Me pide á gritos su cuenta
Por no estar mi madre en casa,
Insolente y atrevida
A otras cosas se desmanda.
Y se me sube á mayores
Creyéndome oveja mansa.
Pero llamo á un policía
Y se me vuelve una malva.
Esta casa ya me apesta,
De sufrimiento estoy harta.
Dejo en su casa al vecino
Y en la calle á la criada.
¿Pero á dónde iré, Dios mío?

(Tocan con fuerza á la puerta. Una voz fuera)

—A Catia.

—¿Qué dice?

(Voz fuera)

—A Catia!
Drama Nacional en verso.
—¿Drama Nacional? ¡Qué gloria!
¿Cuánto vale?

(La misma voz)—Tres pesetas.

—Tome usted y muchas gracias.
¡Oh divina inspiración!
Ya tengo lo que buscaba.
He sido en esto lo mismo
Que locos y tarambanas:
Buscan el bien en la calle
Y se lo tienen en casa.
Un joven del nuevo cuño,
Del que nos dará medallas
De buen peso y buena ley,
Ha días me trajo un drama.
Tiene un ardiente monólogo
Que inspira el Dios de la patria.
Tal es la ofrenda, señores,
Con que mi cariño os paga:
Ved relámpagos de fuego:
Escuchad voces de llamas.

Acotaciones ilustran
El monólogo del drama.
El pueblo está reunido
De Bolívar en la plaza,
En multitud tempestuosa
Al pie de la grande estatua.
Suenan músicas marciales,
Vivas al Dios de la patria,
Y con terrífico acento
El protagonista exclama:

—

—Señores, nuestra Guayana
Que dió de Colombia el grito,
Con la infamia del delito
La planta inglesa profana.
¿Qué buscan esos señores
De la pérfida Inglaterra?
Quieren robarnos la tierra
Que fué de nuestros mayores.
Atrás la sombra siniestra
De la usurpación odiada,
Esa tierra está regada
Con sangre, con sangre nuestra.
No alcanzará lo que anhela
Su vil y torpe traición,
Mientras haya un corazón
Que palpite en Venezuela.
Ya los clarines escucho
De inmarcesibles memorias
Que anunciaron las victorias
De Boyacá y Ayacucho.
Aún vive el ardor profundo
Y aversión á los tiranos,
De aquellos venezolanos
Que libertaron un mundo.
Sabed, ingleses traidores,
Excecración de las gentes,
Que somos los descendientes
De aquellos libertadores;
Que políticas cadenas
No soportamos en calma;
Su alma está en nuestra alma,
Su sangre está en nuestras venas.
No lograréis usurpar
Ni un palmo de nuestra tierra:
Atrás la infame Inglaterra,
Piratas, volved al mar.

Venezuela, altiva y fuerte
Cuando siente su honra herida,
A la ignominia en la vida
Prefiere la honrada muerte.
¿Cómo vienen viento en popa
A insultar nuestros hogares,
Los piratas de los mares,
Los bandidos de la Europa?
De la popa en el castillo
Pensais que temor tenemos
Y que débiles pondremos
Nuestra cerviz al cuchillo;
Y hollando vuestro decoro,
La ley internacional,
Robar pensais el caudal
De nuestras minas de oro.
Que nuestras hijas hermosas
Esclavas os servirán,
Que cadenas llevarán
En sus pies nuestras esposas . . .
Felonías y locuras!
Ya relinchan nuestros potros;
Ni uno solo de vosotros
Saldrá de nuestras llanuras.
Os matarán con fiereza
Por pérfidos y tiranos,
Las lanzas de nuestros llanos
Y nuestra naturaleza.
La tierra, el aire, el calor,
Peste, plaga, en son guerrero
Devoran al extranjero
Tirano y usurpador.
Y no habrá mano sencilla,
Brazo no habrá formidable
Sin un fusil ó sin sable,
Sin su lanza ó sin cuchilla.
Ya ruje nuestra impaciencia,
La sangre en las venas arde;
No nos grite algún cobarde:
Prudencia, calma, prudencia;
Que la paciencia se trunca
Con la vergüenza también:
Prudencia, por nombre, bien;
Prudencia, por miedo, nunca.
En este rencor interno,
En este volcán ardiente,
Esperamos solamente
La voz de nuestro Gobierno.

Esperemos y después
Con ira y rencor que arrasa,
Toda la nación en masa
Que caiga contra el inglés.
Á combatir, á triunfar.
La obligación es de todos.
Los liberales, los godos,
Todos debemos marchar.
Vea el mundo en las porfías
En que el inglés se derrumba,
Que Venezuela es la tumba
De extranjeras tiranías.
Y después de los horrores
En que sucumba Inglaterra,
Resuene el himno de guerra
De nuestros libertadores.

[*Tocan dentro el Himno Nacional.*]

